

REGENERACION O CATASTROFE.

EL AMOLADOR.

AÑO II.—SERIE 5.
Vale ocho reales }

Bogotá, 1.º de Setiembre de 1879.

NÚMERO 49.
Vale un real }

EL CANDIDATO OLIGARCA.

Sus proezas

Sus satélites.



ACTUALIDAD.

Con este número principia el segundo año de *El Amolador*. La suscripción por trimestre vale ocho reales para los que paguen anticipado; pero para los que aguardan á que se venza el trimestre para pagar, vale diez reales. Tengan presente este requisito los señores agentes.

La caricatura anunciada se publicará en uno de los próximos números, y seguirán otras que representen hechos de actualidad ó lecciones objetivas. Cada trimestre llevará de cuatro á seis caricaturas.

Se publicarán como folletín juguetes dramáticos apropiados para que puedan ser representados, en familia. Hoy se da principio al chistosísimo *Pascual y Carranza* del célebre Breton de los Herreros. En fin: nuestros lectores no quedarán descontentes. — lo ofrezco á fe de Amolador.

EL AMOLADOR.

EL CANDIDATO OLIGARCA.

Aquesta caricatura
Voy lector á describirlo
Ya que la prensa enmudece
Cuando se habla de Rengifo.
Y aun no falta quien le crea
De la presidencia digno,
Y nadie pone remedio
Conociendo sus esbirros.
Aunque de Rey se corone
Y el rudo alfanje morisco
Ostente su mano alevé
Protejiendo el vil arripisco
De los leales servidores
De todo nefando vicio,
Elevando á general
A quien venció en «Los Alisos»
Pisoteando lo sagrado
Y todo lo noble y digno
Escudado por los sapos
Y su baluarte, Murillo,
¿ Nos habremos de callar
Como calla el siervo tímido?
¿ Por qué cual el perro mudo
Autorizar los delitos?
Empero habrá de llegarle
Como llega a todo bicho
La hora fatal en que suene
La campanada de aviso!
Mientras tanto en una cuerda
Como saltimbanqui listo
Se sostiene, y un mensaje
Bien notable, por el brillo
Del lenguaje del sarjento
A Bogotá ha dirigido;
Y en una página negra
Le muestra á don Jacobito
Cómo un proyecto de ley
Por él propuesto y escrito
Sobre Constitución,
Ha trocado y convertido;
Pendiente de un vil madero
Presentales como tipo
De su conducta á los pueblos
A Marulanda el presbítero.
Empero nada le importa,
Al dador de los destinos,
Al que premia la bondad
Y castiga el vil delito
Que aun dures algunos días
De reyezuelo, Rengifo;
Bios prolonga muchas veces

La existencia del infeco
Más, cólmase al fin un día
La copa de los delitos
Y el brazo de la justicia
Descarga severo y rígido;
Pueblo, seguid uno á uno
Los pasos de aqueste pilló. —
No muy tarde le vereis
Despeñarse en el abismo!
Que quizás puede quedar
Sin el premio merecido.
El que hizo bien: más al malo
Jamás faltará el castigo!

Frutas en su jugo.

Sapos y culebras, todos son unos. Sabemos que en muchas poblaciones del Cauca no ha habido tal regeneración y que han seguido los escándalos y el saqueo en las haciendas de los ricos. Los sapos murieron en los pantanos, pero en cambio fueron reemplazados por tigres que devoran todo lo que encuentran.

Tenemos conocimiento de que muchos Jefes municipales no saben leer ni escribir, que los Jueces no administran justicia y que todo anda allá «manga por hombro.» Vive Dios que tal regeneración no está bonita ni merece que por ella se toquen trompetas y tambores. Que se hagan las cosas bien y entonces será otro cuento.

Diputaciones al Congreso de 1880. Puede decirse que para aquella época habrá en el Capitolio una gran exhibición de animales raros. A juzgar por las elecciones que se han verificado en algunos Estados regenerados de la Unión, las discusiones no serán muy luminosas que digamos, pues algunos de los *personajes* carecen hasta de sentido común. Prepararse, pues, los dueños de predios rústicos; porque... ya saben.

Policia. Esa señora tan esquiva, hace mucho tiempo que se ha ausentado de esta capital. Hay calles intransitables por donde pasa uno con miedo de morir asfixiado por la mugre. Las cañerías están desahregadas y de ellas se desprenden ciertos miasmas que no huelen á flores. No es posible que vivamos así en la capital de la República, pues es vergonzoso que los extranjeros vengan á contemplar, en vez de los jardines y paseos de las ciudades cultas, muladares asquerosos que nos causan la muerte. —

La Cuna de Venus. A fé de amolador que no miento. Al pasar por una calle de las más centrales de la capital, ví en una tienda de licores una tabla con el nombre con que quedan encabezadas estas líneas. Sorprendíome tal anuncio, porque, en fin, no me pareció corriente que hubiera gentes que indicaran al público, así tan á las claras, establecimientos poco decentes, apesar de que aquí hay tantas Venus venenosas. En estos días el nombre de «La Cuna de Venus» lo han cambiado por el de «Restaurante.» Así ya es otra cosa.

Diálogo curioso.—Por qué llora?
—Ai, mi señorita! porque las veclnas han peleao con mi marido y le han dicho hasta botija verde. Tan índimas como son esas gentes me lo han puesto de vuelta y media.

—Más ese no es motivo para que usted se entregue á la pena y no enjугue sus lágrimas.

—Usted me dice eso, porque no sabe lo que es el amor de un marido á quien se quiere con todo el furor de un corazón recalentao al fuego de las pasiones. Cásese y verá lo que es el amor á su Pepe.

A Tomas Rengifo,

ASESINO DE GUILLERMÓ MAC-EWEN.

Soneto.

De asombro y de dolor el alma llena,
Severa juzga al que en el mal camina;
Al bárbaro Neron en la colina,
Juez sin piedad la humanidad condena;
Lucrecia que el pudor desencadena;
Calígula, Tiberio, Mesalina,
Cuantos hollaron la verdad divina
Afrenta son de la mundana escena.
Pero al decir Tomas, los corazones
Se estremecen y tiemblan agitados
Tiran la sonda, miden las pasiones,
Y sólo aprenden de dolor presados
Que ha de estar los Tiberios y Neronés
De tan vil criminal avergonzados.

B. L. G.

“No hagas mal, que esperes bien.”

Los Andes, importante periódico de Guayaquil, traen un artículo, titulado *Maldición*, en que manifiestan los vecinos católicos del pueblo de Chuquipata, los males que ha causado la calumnia lanzada contra su párroco, doctor José Ormaza.

Como todo el mundo es Popayan, para esto de calumniar, porque los volterianos saben muy bien que de la calumnia algo queda, *El Amolador*, se complace en reproducir los párrafos del artículo citado, y le recomienda encarecidamente su lectura al católico y caritativo autor de los artículos de la caridosa *Caridad*, publicados en los números 45 del año XI, en que se ataca la honra de la directora de la escuela de Nemocon, y 1.º del año XII, que lleva por mote, *Biblioteca Ambulante*; y no será malo que trasciba esos conceptos á su raquíptico payaso el neófito. Esto por ahora, á reserva de recomendarles más tarde ciertas historias de lo más edificantes:

“¡ MALDICION!

De la calumnia algo queda.
VOLTAIRE.

¡ Si, maldición sobre esa raza degradada y vil, que se ceba en la calumnia y en la maledicencia!

¡ Maldición sobre esas serpientes del linaje humano, que todo lo contaminan con su hálito emponzoñador!

¡ Maldición sobre esos Júdas de impura estirpe, cuyos lábios destilan hiel, porque el fondo de su alma no contiene sino el deletéreo fango, con que el asfaltito cubre las cenizas de las ciudades nefandas!

¡ Maldito, sí, mil veces maldito sea el calumniador! Porque su lengua mata lo más sagrado que tiene el hombre: su reputación.

Porque, más criminal que el asesino, sepulta su desgarrante puñal en lo íntimo del alma, y lo agita y lo remueve con espantosa ferocidad!

El paganismo, al recorrer las líneas de su fabulosa historia, tildaba con perpétua ignominia el nombre de la desgraciada esposa de Alcides, la amante Deyanira. Porque,

celosa y crédula, acogió las insinuaciones del vengativo Neso, y envió á su cónyuge el manto fatal que inoculó en su sér el virus ponzoñoso de la hidra de Lerna.

Pues bien: el calumniador, más delinvente que Deyanira, porque no le mueve el estímulo apasionado y vehemente de la esposa abandonada, y conoce además todas las consecuencias de sus palabras, pone el manto de la difamación, más horrible que el de Neso sobre los puros hombros de la reputación ajena, y cuando mira conmovido á su víctima y retorcerse con las convulsiones producidas por la venenosa infiltración, entónces deja escapar una sonrisa feroz, y bate las palmas y se goza á la manera de los antropófagos en sus horrorosos festines.

Sí, maldición sobre el calumniador! Su lengua tiene algunos puntos de contacto con la cabeza de Medusa. Cubierta de víboras, que se agitan en todas direcciones, su impuro contacto va haciendo de muerte lo que encuentra en su paso; sus golpes, más destructores que las pisadas del caballo de Atila, atacan hasta el germen de vitalidad en el hermoso prado de las buenas acciones, y penetrando hasta su origen, lo presenta manchado por el vil egoísmo ó el miserable interés.

¿Veis allá en Babilonia, durante la cautividad del pueblo de Dios, una hermosa y casta jóven, cuya virtud eclipsa la de todas las doncellas de Judea, y que sin embargo, es conducida al sacrificio, como una mujer adúltera? Es la célebre Susana, cuyo honor ha mancillado la calumniadora lengua de dos ancianos impuros!

¿No observais, con las rodillas en tierra y la sien hundida en el polvo, un hombre, hermoso, como una exhalación divina, immaculado, como el pensamiento del Eterno, caminando con tardío paso por la áspera pendiente que conduce al Gólgota, con la cruz sobre los hombros, con el cuerpo desgarrado por el látigo? Es el Mesías, conducido á la muerte por las calumniosas imputaciones de los hijos de Israel! La calumnia ha producido un crimen imposible: un deicidio!

Después de este sacrosanto recuerdo debíamos guardar silencio; pero queremos traer á la memoria otro de cereanas consecuencias. La América latina era esclava; tres siglos había permanecido aherrojada y muda á los pies de la España; sumida en las oscuras regiones de la ignorancia y de la servidumbre, apenas tenía la conciencia de su sér. De improvviso se levanta un hombre más alto que el monarca de los Andes, y, á fuerza de sacrificios, de perseverancia y de heroísmo, rompe las cadenas del siervo y abre las anchurosas puertas del campo de la libertad; abate el negro pendon de la degradación y de la barbarie, y enarbola el luminoso estandarte del progreso y de la civilización. Vedle más luego: abandonado en un oscuro rincón de Santamarta, exhala el último aliento, devorado por el pesar y la amargura. Y ¿sabeis qué causa produjo el prematuro y deplorable fin de Bolívar? La calumnia de los mismos libertos, que después de haber desgarrado su alma y producido su muerte, aun se ensaña contra las sublimes y heroicas virtudes del grande hombre.

Estamos al borde del abismo por la exa-

geración de los fanáticos, que no respetan la honra ni la propiedad ajena; y por la locura de los descreídos. Los extremos nos pierden!

La mujer malvada.

(LEYENDA HOLANDESA.)

Atravesaba yo en una barca la parte occidental del Zuiderzee, cuando nos encontramos á corta distancia del pueblecillo de Stavoren.

Por encima de las olas sobresalían grandes yerbas y altos tallos.

—Es un campo de trigo, me dijo el piloto que observó mi mirada.

—¿En la mar?

—¡Oh! la mar en ese sitio no es muy honda, y el trigo crece en un banco de arena.

—¿Y quién cuida de ese trigal?

—Nadie.

—¿Y de cosecharlo?

—Nadie; es un campo maldito como el pueblo de Stavoren, y no produce nada.

—Jacobo, tienes que contarme esa historia.

—Sí, señor.

—Pues comienza, ya te escucho.

Y escuché extendido en mi capa y apoyada la cabeza en mi codo.

—Hará doscientos ó trescientos años, Stavoren era una hermosa ciudad, que se extendía á lo lejos detrás del banco de arena inundada sobre el cual se mecen esas largas espigas.

La persona más rica de Stavoren era una dama cuyo nombre han olvidado todos.

Orgullosa con sus bienes y enemiga de los pobres, no tenía más que una idea y era la de aumentar sus tesoros.

Poseía naves que hacían el comercio en todos los puntos del globo y que volvían cargadas de especias, de oro ó de marfil.

Un día la dama llamó á uno de sus capitanes y le dijo: «Te darás á la vela y me traerás lo más precioso que haya en el mundo.»

El capitán, que tenía costumbre de recibir instrucciones detalladas y precisas, preguntó respetuosamente á la dama qué era lo que entendía por lo más precioso del mundo; pero ella le mandó que callará, que se pusiera en camino y ejecutase sus órdenes.

Muy confuso se quedó el marino; sin embargo, no insistió, porque conocía la severidad y entereza de la dama; y salió sin saber en verdad á dónde debía dirigirse, ni qué era lo que debía traer á su señora.

Después de haber reflexionado largo tiempo, se dijo por fin:

—Traeré un cargamento del mejor trigo que haya en el mundo, pues nada puede encontrarse más precioso que ese grano que sirve para el sustento de todos los hombres.

Dicho y hecho. Navegó para Dantrig, tomó un cargamento del mejor trigo que había y regresó á Stavoren.

Pensaba con inquietud, viajando de retorno, en el recibimiento que le haría la dama; pero ya no le era posible retroceder.

Cuando entró en la casa, con sombrero en mano y como cortado, la dama se sorprendió y exclamó diciendo:

—¿De vuelta ya, capitán! te creía en las costas de África cargando oro y marfil. ¿Has podido robar, por ventura, á alguno

de esos pícaros mercaderes de Hamburgo? Vamos al puerto, que quiero ver tu cargamento inmediatamente.

El capitán comprendió desde luego que no le iba á gustar lo que traía, y respondió temblando:

—Señora, os he traído el mejor trigo que sea posible hallar en toda la superficie de la tierra.

—¿Trigo? exclamó; ¿te has atrevido á venir con un cargamento tan despreciable?

—¡Necio! gritó la dama encolerizada; vas á ver el caso que hago de tu cargamento. ¿De qué lado ha entrado tu nave?

—Ha entrado á estribor.

—Pues te mandó que al instante arrojes por babor toda la carga, que luego voy al puerto para cerciorarme de si me has obedecido puntualmente.

El capitán salió muy turbado. Vaeilaba en obedecer una órden que le parecía un crimen; y lo que hizo fué avisar á los pobres de la ciudad para que se reunieran con sus mujeres y sus hijos, cubiertos de harapos, en el puerto, delante de la nave, mientras llegaba la dama.

No tardó en presentarse y preguntó:

—¿Está, hecho lo que mandé?

Todos aquellos pobres cayeron de rodillas y la suplicaron que no arrojará el trigo y no lo arrojará el corazon de la dama como una piedra y re-

arrojasen sin tardanza. Airado el capitán no pudo más y exclamó diciendo:

—No, Dios recompensará tu castiga a los malos, y ha de ser, señora, en que llorareis por no poder recoger uno á uno los granos que así echais al agua.

—Yo! replicó la dama con infernal sonrisa, ¡yo caeré en la indigencia, seré pobre, me faltará el pan! Mira, eso sucederá cuando vuelva yo á ver este anillo que arrojo ahora al fondo del mar.

Y en el mismo instante se arrancó del dedo una preciosa sortija y la lanzó en medio de las olas.

No hubo mas remedio que obedecer, y todo el trigo fué á parar al agua.

Algunos días después la dama envió una criada á comprar pescado.

—Quiero una merluza, la dijo.

La criada trajo una barbosa. —¿Qué es eso? exclamó la dama; traes una barbosa cuando te he pedido una merluza?

—Señora, respondió la criada, había una merluza; pero era tan grande que no me atreví á comprarla comiendo la señora sola.

—Vaya! eres una tonta, repuso la dama. Vuelve al mercado y cumple con mi órden.

La criada trajo esta vez la merluza, y cuando la abrió en la cocina, para prepararla, vió el anillo que había sido arrojado al mar y se lo enseñó á su ama.

—¡Ay de mí! estoy perdida! exclamó la señora.

Y sintió en su conciencia el remordimiento precursor del castigo.

Poco después la anunciaron que una de sus flotillas que volvía de Oriente había hecho naufragio.

Luego supo la pérdida de otros buques que la traían ricos cargamentos; y tuvo

tambien algunos capturados por los moros. Finalmente, quebraron varias casas de comercio con las que estaba en relaciones. Estas quebras completaron su ruina, y en menos de un año la siniestra amenaza del capitan se habia cumplido.

Pobre, abandonada de todo el mundo, la dama de Stavoren cayó en la mas profunda miseria. Sin asilo y atormentada por el hambre, iba mendigando de puerta en puerta, y á veces no conseguia un bocado de pan. El pesar agravó las privaciones y la desesperacion la llevó pronto al sepulcro.

Desgraciadamente el castigo de la dama no sirvió de escarmiento á los habitantes de Stavoren que casi todos eran como ella, egoistas y avarientos.

Un día que sacaban agua de un pozo salieron arenques.

La noche siguiente, el mar traspasó sus límites y sumerjió debajo de sus olas mas de las tres cuartas partes de la ciudad. Aun en el día, cada año se hundien algunas de las chozas de los habitantes, y no hay en Stavoren, poblacion maldita, ni una sola persona que viva holgadamente.

En el sitio donde cayeron los granos de trigo, brota todos los años dentro del agua un especie de yerba que ningun botánico y aun no se da flor, ni se ve en ningun De la presidencia es muy alto, y la Y nadie pone remedio trigo, pero no tie. Conociendo sus esbiarepa en que se cria Aunque de Rey se q. extiende á lo largo Y el rudo alfanje r. más nombre que el Ostente su maná de la dama).

Protejiendo el
De los leales
De toda **BULLETIN.**

PASQUAL Y CARRANZA,
Comedia en un acto.

PERSONAS.

FERMIN.	PASQUAL.
CARRANZA.	DON LUIS.
MATEO.	SOLDADOS.

La escena es en un pueblo de Navarra, por el año de 1837. El teatro representa una calle inmediata á la plaza del lugar por la derecha del actor: á la izquierda, la fachada y puerta de una casa pobre.

ESCENA I.

Fermina.

¡ Oh cuanto tarda el relevo
De los que guardan el fuerte !
Yo iría, Pascual, á verte
Allí... pero no me atrevo.
Una moza no está bien
Entre aquella soldadesca,
¡ Se armaria un somaten !...
Dirian que soy liviana,
Que á todo ponen reparo
Aquí... ¿ Y cómo me separo
De mi pobre madre anciana ?
No; ya arreglé la cocina
Y aquí le espera mi amor...
(Suená una caja que toca dentro llamada).
Pero ya suena el tambor...
¿ Será el relevo ?

(Llega por la derecha Pascual con capote de soldado, chaco, fusil, correa y morral.)

ESCENA II.

FERMINA, PASQUAL.

Pascual.

Fermina !

Fermina.

¡ Oh, Pascual mio ! Ya estás libre... ?

Pascual.

De la guardia, sí ;
Pero nos vamos de aquí...
¡ Para no volver quizás !

Fermina.

¿ Qué dices ?

Pascual.

¡ Es mucha suerte !
Vengo á tu pueblo con loca
Alegria y ¡ zás ! me toca
Entrar de guardia en el fuerte.
Léjos del bien que idolatro,
Por minutos cuento allí
Las horas, que para mí
Son ciento, no veinticuatro.
Pero ántes... pobre Pascual,
¡ Qué breve fué tu contento !...
Releva al destacamento
La milicia nacional ;
Y cuando volvía listo
A verte, ¡ Pascual, en marcha,
A pisar nieve y escarcha
Por esos cerros de Cristo !

Fermina.

¡ Tan pronto !

Pascual.

¡ Mira qué plato
De gusto ! Y gracias que quiso
Darme el oficial permiso
Para hablar contigo un rato.

Fermina.

Dios, de mi pena testigo,
Hará que presto...-

Pascual.

¡ Ay, Fermina !
Ya huelo la chamusquina...
¡ Está cerca el enemigo !

Fermina.

¡ Qué triste es vivir en días
De nuñistas y patriotas,
Y cristianos y feotas
Y guerras y... dinastía !

Pascual.

A muchos les luce el pelo
Andando, Fermina, en estas
Trifulcas... más yo... ¿ Qué apuestas
A que me toca el mochuelo ?
Es decir, algun balazo
Que me eche á la vida eterna,
O me magulle una pierna
Si no me rebana un brazo.

Fermina.

¡ No digas eso, por Dios !
Arreglen con buenos modos
Sus cuentas, ó amense todos
Cual nos amamos los dos.
¡ Oh fatal género humano !
Siempre la guerra en adobo...
El lobo respeta al lobo
Y el hombre mata á su hermano !

Fermina.

La libertad...-

Pascual.

No la topo.
Si otros la gozan, yo no.
Pues si fuese libre yo
¿ No largaría este chopo ?
Si cuando el hado importuno
Me llamó á quintas... no en vano,
Pues tuve tan buena mano

Que saqué el número uno,
Yo hubiera tenido un cacho
De libertad soberana,
A fe que de buena gana
Dijera yo y sin empacho :
« Dejen al pobre Pascual
Huir del plomo que hierre ;
Mate moros quien quisiere,
Que á mí no me han hecho mal.
Cualquier ley que se promulgue,
Al pez chico engulle el grande ;
Siempre habrá rey que me mande
Y papa que me excomulgue. »

Fermina.

Es obligacion notoria
Servir á la patria.

Pascual.

Ya ;

Pero... -

Fermina.

Y en la guerra está
El camino de la gloria.

Pascual.

¡ Gloria ! Dóila á Belcebú.
En medio á tal baraunda,
Toda mi gloria se funda,
Fermina, en que me ames tú.

Fermina.

Y yo tambien hago alarde
De tu ardiente fe sincera,
Pascual ; pero no quisiera
Que te llamaran cobarde.

Pascual.

Tú tendrás la culpa de eso.

Fermina.

¡ Yo ! ¿ por qué ?

Pascual.

Tu tierno amor
Me hace mirar con horror
Las balas ; te lo confieso.

Fermina.

¡ Pascual mio !

Pascual.

No me quieras,
¡ Y que sea yo maldito
De Dios si me importa un pito
Vivir ó morir !

Fermina.

¡ De verás !

Pascual.

No nací para guerrero.
En mi corazon no hay hiel.
Soy dulce como la miel...
¿ Qué quieres ? ¡ Un confitero !...
¿ Con que ardor quieres que riña
Quien ha crecido en su aldea
Entre cajas de jalea
Y almendras de garapiña ?
Dame, hermosa, un cucurucho
De yemas, ó tres peroles
De almibar, de huevos moles...
Pero ; morder el cartucho !...
A la guerra no se va,
Fermina, á comer turrón,
Ni balas de plomo son
Peladillas de Alcalá.
Y si tus dulces miradas,
En cuyos rayos me pierdo,
Son más dulces que el recuerdo
De mis dulces mermeladas,
¿ No he de mirar con enojos
Al que alejarme pretenda
Del azúcar de mi tienda
Y de la miel de tus ojos ? (Seguirá)